

Andrés Codesal Martín

**LOS SANTOS Y
LA NECESIDAD
DE LA ORACION**

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla**

ISBN: 84-7693-270-7
Depósito Legal B: 4022-94
Printed in Spain
Impreso en España

INTRODUCCIÓN

Este librito no es más que un extracto muy resumido de la obra titulada: «ANTOLOGÍA DE TEXTOS SOBRE LA ORACIÓN», la cual consta de dos tomos en el formato de 14x20, con un total de 946 páginas.

En ese libro se recogen textos muy importantes sobre la oración de un total de 182 autores, casi todos santos canonizados.

En este librito solamente recogemos una selección de los párrafos más importantes de sesenta y cinco autores, casi todos ellos de grandes santos y muy importantes maestros del espíritu, como son los Doctores de la Iglesia.

En la «Antología de Textos sobre la Oración», todos los textos llevan una nota o referencia indicando de donde han sido tomados. En este librito, por abreviar, no hemos querido poner las citadas referencias, y en su lugar ponemos el número de la página de la Antología de Textos donde han sido tomadas.

Al igual que en nuestra Antología, todos los santos están puestos en el libro por orden de antigüedad, según la fecha de su muerte, que va puesta entre paréntesis a continuación del nombre del santo. los que murieron en el primer milenio de nuestra era, corresponden al primer tomo de la Antología, y los que murieron a partir del año mil, corresponden al segundo.

He dicho esto para que aquellos que quieran leer estos textos en la Antología, sepan que los Santos del primer milenio tienen que buscarlos en el tomo primero, y los del segundo milenio en el segundo tomo, y en la página que este libro indica.

* * *

Ya sabes que si quieres profundizar más en el tema de la oración, puedes hacerlo leyendo la «ANTOLOGÍA DE TEXTOS SOBRE LA ORACIÓN», publicada por nuestra Editorial.

LOS SANTOS Y LA ORACIÓN

San Justino (m. 165).— La oración y la acción de gracias, son los únicos sacrificios completos y agradables a Dios (pág. 149).

San Clemente alejandrino (m. 214).— Estando obligados a aspirar a la perfección, necesitamos indiscutiblemente recurrir a la oración, de la que jamás podremos prescindir... La oración nos debe acompañar siempre en todo nuestro obrar, pues nos une íntimamente con Dios y nos hace caminar hacia Dios... En cuanto a la continencia, es imposible conseguirla sin la ayuda de la gracia de Dios. Por eso dijo: «Pedid y se os dará» (pág. 153).

Tertuliano (m. 220).— La oración es lo único que puede vencer a Dios (pág. 157).

Orígenes (m. 254).— El que cree en la palabra de Jesús, que no puede mentir, no dudará un instante en hacer oración, pues Él dice:

«Pedid y se os dará... porque todo el que pide recibe» (Mt. 7,7).

Pues los que confían en las palabras de Cristo, ¿cómo no van a desear orar sin descanso ante aquella invitación: «Pedid y se os dará, pues todo el que pide recibe» (pág. 159 y 162).

San Cipriano (m. 258).— (Hay que orar sin distracciones), pues ¿cómo puedes pedir a Dios que te escuche, si tú no te escuchas a ti mismo?, y ¿cómo vas a pedir que Dios se acuerde de ti cuando ruegas, si tu no te acuerdas de ti mismo? (pág. 174).

San Efrén (m. 379).— Gran armadura es la oración, tesoro indeficiente, riqueza inagotable, puerto sereno, fundamento de tranquilidad, raíz, fuente y madre de innumerables bienes... Durante toda la vida del hombre, no hay tesoro comparable a la oración. (pág. 189-189).

San Isaac Abad (m. 383).— Todas las virtudes tienen que llevarnos a la perfección de la oración, pues sin ella no hay virtud con solidez. Sin el conjunto de todas las virtudes,

es imposible adquirir la continua oración, y sin la oración, que es su fundamento, ninguna virtud alcanzará su perfección (pág. 191).

San Basilio Magno (m. 379).— Como el demonio sabe que la oración es el único medio por el que conseguimos todos los bienes, por eso hace todo cuanto puede para impedir-la... Ella es como la comida, sin la cual no se puede vivir por largo tiempo.

Oremos con fervor: No imploremos el auxilio divino con negligencia ni andando errantes con el pensamiento. El que tal hace no sólo no alcanzará lo que pide, sino que irritará a Dios... Ofende a Dios el que quiere que le oiga cuando él mismo no se oye... Esto no es orar, sino escarnecerle; no es aplacar a Dios, sino indignarle; no es pedir o pretender mercedes, sino incurrir en nuevas ofensas merecedoras de graves castigos; porque como dijo el profeta Jeremías (48,10): «Es maldito el que hace la obra de Dios con negligencia» (pág. 192).

Para no padecer distracciones en la oración, hemos de persuadirnos, como David, que Dios siempre está presente. Pues si aun en presencia de los hombres, nuestros iguales,

procuramos guardar tal compostura y palabras que no hallen qué reprender ¡con cuanta mayor razón habremos de ser circunspectos si nos persuadimos que estamos delante de Dios! (pág. 194).

San Gregorio Niseno (m. 390).— La oración es la obra sagrada y divina por excelencia...

Si la oración precede al trabajo, el pecado no encontrará entrada en el alma.

El que no se une a Dios por la oración, se aparta de Dios. Y el que está con Dios por la oración, se aparta del maligno (pág. 205).

Los niños al principio se contentan con leche materna, y cuando crecen aspiran a bienes superiores. Así también Dios, que quiere lo mejor para el hombre, no le escucha cuando pide nimiedades para que aspire al deseo de cosas sublimes. Por tanto, tú no te entretengas en pedir a Dios bagatelas, pídele cosas grandes. Pues es una necedad pedir cosas temporales al Eterno, terrenas al Celeste, bajas al Altísimo, y despreciables al que concede el Reino de los Cielos (pág. 206).

Ninguna de cuantas cosas hay por las que suspiran en este mundo los mortales, ninguna

de cuantas se pueden considerar preciosas, tanto por su vista como por su valor, ninguna, repito, puede igualar a la oración... Por tanto, si no fueres oído a la primera vez que rogares, no aflojes la oración, antes entonces insiste más en los ruegos, entonces levanta más que nunca la voz a Dios: porque el Señor quiere ser rogado, quiere ser forzado, quiere ser vencido de nosotros con una santa importunidad. Buena es la violencia, ya que con ella, lejos de ofenderse Dios, se calma y aplaca (pág. 207).

Nada en esta vida hay superior ni más valioso que la oración (pág. 210).

San Macario Egipcio (m. 390).— La oración es la piedra fundamental de todo el esfuerzo humano, y la persistencia en la oración es la cumbre de la perfección (pág. 219).

Lo máximo de nuestra cooperación con Dios, lo más importante que podemos hacer, es la perseverancia en la oración. Por ella podemos solicitar todas las virtudes y alcanzarlas de Dios...

El que día tras día se obliga a la perseverancia en la oración, será consumido por el amor espiritual en el deseo de Dios, será en-

cendido por la moción de la gracia espiritual de la santidad perfecta.

Lanza tu ancla en el abismo de la oración, y el vaporcito de tu vida resistirá con la fuerza de la gracia divina todas las olas de Satanás...

La Ley escrita contiene muchos misterios de carácter oculto. El monje que cuida la oración y continuamente se comunica con Dios, los reconoce, y la gracia le revela secretos todavía más grandes que los que se encuentran en la Sagrada Escritura. Por la lectura de la Ley escrita no se puede conseguir lo que se puede conseguir con la oración con Dios. Quien presta homenaje a Dios adorándole, no tiene por qué seguir la lectura. Por experiencia sabe que todo se perfecciona en la oración. (pág. 220).

San Gregorio Nacianceno (m. 390).—Dios recibe como beneficio propio el que nosotros le pidamos sus favores, pues, más desea Dios darnos sus gracias que nosotros recibirlas... Jamás le pidamos cosas pequeñas o de poca importancia, que son indignas de la divina magnificencia (pág. 224).

San Ambrosio (m. 397).— Debemos de ser continuos y hasta pertinaces en nuestros ruegos; pues, si para salvarnos Jesucristo se pasaba las noches orando, ¿cuanto más debemos hacerlo nosotros para conseguir la salvación eterna?

El Señor concede siempre más de lo que se le pide: el ladrón en la cruz solo pedía que se acordase de él, pero el Señor le dice: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (pág. 227).

La oración es el único poder capaz de vencer al mismo Dios. Cristo le confirió su potencia absoluta para el bien: Destruye el pecado, aleja las tentaciones, desbarata las persecuciones, consuela a los pusilánimes, alienta a los magnánimos, guía a los peregrinos, alienta a los necesitados, levanta a los caídos, sostiene a los valientes y confirma a los fuertes. Es muro de defensa para la fe y arma contra el adversario que nos acecha...

Dedícate con asiduidad a la oración y a la lectura santa. Distribuye tu tiempo y tus ocupaciones de tal forma que la lectura suceda a la oración y la oración a la lectura, a fin de que puedas participar de bienes tan inmensos y nunca te veas privado de ellos... Pues si a pesar de vivir consagrados a la lectura y a

la oración, nos cuesta trabajo mantener el corazón libre de toda influencia diabólica, ¿cómo no se va a lanzar desembocado a los vicios sin los frenos de la lectura y de la oración? (pág. 229).

Evagrio (m. 399).— Si eres teólogo, orarás verdaderamente, y si oras verdaderamente, eres teólogo (pág. 242).

No desees que tus cosas te sucedan como a ti te guste sino como quiera Dios. Entonces tu oración estará llena de paz y de acción de gracias.

Como la vista es el más noble de los sentidos, así la oración es la más divina de las virtudes (pág. 246).

San Juan Crisóstomo (m. 407).— El que no ruega a Dios, ni ansía gozar constantemente de la divina conversación, está muerto y sin alma, y no tiene del todo sano el juicio; y esta es la mayor señal de insensatez: el no conocer la grandeza de este honor, ni amar la oración, ni tener por muerte del alma el no postrarse delante de Dios. Pues claro está que así como a este nuestro cuerpo, cuando le falta el alma queda fétido, así el alma cuando no

hace oración, ya está muerta, miserable y corrompida (pág. 262).

Por esto, cuando veo a alguno que no ama la oración, y que no siente hacia ella un afecto encendido y vehemente, ya para mí es cosa manifiesta que ese tal no abriga en su alma nada de grande y generoso; pero cuando veo a uno que no se harta de dar culto a Dios, y juzga el no orar continuamente por el mayor de los daños, conjeturo que ese tal es un fiel y firme practicante de todas las virtudes, y templo de Dios (pág. 263).

Pero quizá alguno de los más perezosos y de los que no quieren orar con cuidado y empeño, se persuadirá que Dios dijo también aquellas palabras: «No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos (Mt. 7,21). Ciertamente, si yo juzgara que la oración por sí sola basta para nuestra salvación, con razón podría alguno hacer uso contra mí de esas palabras; pero, diciendo, como digo, que la oración es como la cabeza de todos los bienes, y el fundamento y raíz de toda vida provechosa, nadie por pretexto de su pereza se defiende con semejantes palabras. Porque ni sólo la intemperancia puede salvar-

nos sin los otros bienes, ni el cuidado de los pobres, ni la bondad ni cosa alguna de las que se pueden desear: sino que conviene que todas juntas entren en nuestras almas. Pero la oración está debajo de todas como raíz y base; y así como a una nave y a una casa, las partes que están debajo la consolidan y sostienen, de la misma manera las oraciones fortalecen nuestra vida, y sin ella nada habría en nosotros de bueno y saludable. (pág. 266).

No basta con que nos esforcemos nosotros solos; hay que invocar también el auxilio de lo alto, y ese auxilio vendrá infaliblemente y nos asistirá y tomando parte en nuestros combates nos lo hará todo fácil. (pág. 271).

Es la oración la causa, el principio, la fuente y raíz de todos los bienes... No hay cosa que tanto nos haga crecer en la virtud como la frecuente oración (pág. 288).

San Jerónimo (m. 420).— Aunque seas pecador, si persistes en acudir a Dios con la oración, Él te tratará como a hijo... Hay que ser insistente, pues Él gusta de esta importunidad, y para conseguir sus gracias vale más la importuna perseverancia que la misma amistad.

Dice el Señor: «Todo el que pide, recibe; y quien busca, halla; y al que llama se le abre (Lc. 11,10). Pues si es verdad que se da al que pide, que el que busca, halla, y que se abre al que llama a la puerta, como aquí afirma el Hijo de Dios; se concluye necesariamente que aquel a quien no se da, que no halla, o que no se le abre la puerta, es porque no ha pedido como debía, ni buscado con diligencia, ni llamado a la puerta con perseverancia. (pág. 297).

San Agustín (m. 430).— Dios atiende siempre nuestras oraciones aunque no nos de lo que le pedimos. El sabe lo que nos conviene y nos trata como el médico bueno y sabio, que no le da al enfermo sino lo que le conviene y le hace bien; como Padre amoroso que nunca dará a su hijo lo que pueda hacerle daño aunque se lo pida llorando. (pág. 330).

Tenemos en la oración un arma universal y la más apropiada a todas nuestras necesidades, constituye para cada uno un tesoro que no disminuye jamás, riquezas que no se agotan nunca, un puerto donde se está con seguridad, un lugar de reposo y calma. Ella es el principio, el origen y la raíz de todos los bienes.

En cuanto el espíritu de oración entra en

un alma, todas las virtudes entran en ella al mismo tiempo.

La oración es el alimento del alma, porque así como sin el alimento material no se puede conservar la vida del cuerpo, del mismo modo sin la oración no se puede conservar la vida de la gracia.

La oración es la fuerza del alma y la debilidad de Dios (pág. 338).

San Nilo (m. 450).— No dará Dios la perseverancia sino a quien se la pida con perseverante oración.

Toda la guerra que nos hacen los demonios, no es sobre otra cosa, sino sobre que no hagamos oración, porque ella le resulta a ellos grandemente perjudicial y odiosa.

Sólo podrás ser verdadero teólogo si oras bien (pág. 353).

En la oración no pidas que se haga tu voluntad, porque no siempre es conforme con la de Dios; que tu oración sea como el Señor te enseñó, pidiendo que se haga su voluntad en ti y en todas las cosas...; porque todo lo que Él quiere es bueno y para nuestro provecho, y tú no siempre quieres eso (pág. 354).

San Pedro Crisólogo (m. 450).— Quien desee ser escuchado en sus oraciones, que escuche también él al que le pide, pues quien no cierra sus oídos al que le suplica, abre los de Dios a sus propias peticiones. (pág. 357).

Pedimos que se nos perdonen nuestros pecados... Si quieres que se te perdone siempre, perdona tú siempre. Cuanto quieres que se te perdone, tanto perdona. Quieres que se te perdone todo, perdona tú todo. Perdonando a otros te perdonas a ti mismo. (pág. 358). Abre para sí el oído de Dios quien no cierra el suyo al que le suplica. Márcate tú la medida de la misericordia que quieras recibir, y con la prontitud que tu desees recibir misericordia, se tú misericordioso con los demás (pág. 359).

San León Magno (m. 461).— Cuando el Señor dice a sus discípulos: «Sin Mí nada podéis hacer» (Jn. 15,5), quiere decir el Señor que, el hombre que hace el bien, consigue de Dios, por la oración, tanto el deseo como la realización de la obra. (pág. 360).

San Gregorio Magno (m. 604).— ¿Por qué dijo Jesús al ciego: «¿Qué quieres que te haga?»? ¿Acaso el que podía dar la vista ig-

noraba lo que el ciego quería? No; pero se lo pregunta porque para conceder sus gracias quiere que se las pidan. Por eso aconseja tan reiteradamente la oración. No para enterarse, porque «bien sabe vuestro Padre celestial lo que necesitáis antes de que se lo pidáis. Pero no obstante pregunta para que se le pida, para incitar al corazón a que ore. (pág. 385).

Si tú no fueres oído la primera vez que rogarés, no aflojes en la oración, antes entonces insiste más en los ruegos, entonces levanta más que nunca la voz a Dios: porque el Señor quiere ser rogado, quiere ser violentado, quiere ser vencido de nosotros con una santa importunidad.

También la misma predestinación del reino eterno, de tal forma ha sido dispuesta por Dios omnipotente, que los elegidos lo consiguen con su esfuerzo, en cuanto orando merecen recibir todo lo que Dios desde la eternidad tiene determinado concedernos (pág. 387).

San Juan Clímaco (m. 635).— Después de haber perseverado por mucho tiempo en la oración, no digas que no has llegado a nada; pues ya has obtenido un resultado. En efecto, ¿qué mayor bien que el unirse al Señor y

perseverar sin descanso en esta unión con Él? (pág. 395).

En la guerra se conoce el amor del soldado por su rey; el tiempo y la práctica de la oración revelan el amor que el monje tiene a Dios (pág. 396).

Como la fragua depura el oro, así la práctica de la oración descubre el celo y el amor de los monjes para con Dios. (pág. 401).

San Isidoro de Sevilla (m. 636).— La oración nos purifica y la lectura nos instruye; ambas cosas son excelentes, pero si no hubiera tiempo para todo, pude suprimirse la lectura, pero no la oración.

El que gusta de estar siempre con Dios, debe orar con frecuencia, y así mismo leer. Porque cuando oramos, somos nosotros los que hablamos con Dios, y cuando leemos es Dios quien habla con nosotros.

Todo el aprovechamiento proviene de la lectura y de la meditación, porque con la lectura aprendemos las cosas que ignoramos, y con la meditación conservamos las que hemos aprendido.

Mientras oramos nos fortalecemos nosotros y el enemigo se debilita, pero en dejando

de orar, nos debilitamos nosotros y él recobra sus fuerzas. La oración asidua enflaquece las fuerzas de la tentación y del tentador... (pág. 404).

En ningún momento anda el demonio tan solícito en distraernos con la memoria de las cosas temporales como cuando nos dedicamos a la oración. (pág. 405).

San Máximo Confesor (m. 662).— Aunque todas las virtudes ayudan al espíritu a conseguir el ardiente amor de Dios; pero más que todas ellas la oración. En alas de la oración nuestro espíritu es arrebatado hacia Dios, alejándose de las criaturas. (pág. 412).

San Ildefonso de Toledo (m. 667).— El maestro debe apoyar el fruto de su predicación, no en sus palabras, sino en la intensidad de la oración.

En cuanto esté de su parte debe insistir más con piadosas oraciones que con las dotes de orador, de modo que, orando por sí mismo y por aquellos a los que va a hablar, antes ha de ser más amigo de orar que maestro, y tanto en las conversaciones privadas como en las asambleas de la Iglesia, ha de insistir más en

alimentar su alma sedienta con la oración, antes de que hable la lengua, para que eructe lo que hubiere bebido o derrame lo que le sació... (pág. 415).

Recordad a Dios para que, sin cesar, Él os recuerde, pues si os recuerda os salvará y recibiréis todos sus bienes. No lo olvidéis con vanas distracciones si no queréis que Él os olvide en el momento de vuestras distracciones (pág. 418).

San Hesiquio (s. VII y VIII).— Lo que Dios con su divina providencia y disposición desde toda la eternidad tiene determinado dar a los hombres, lo da en el tiempo por medio de la oración (pág. 432).

Tener para con vos, ¡oh dichosa Virgen!, una devoción singular, es tener aquellas armas defensivas que Dios pone en manos de los que quiere salvar (pág. 433).

San Bernardo (m. 1153).— ¿Quiénes somos nosotros y con qué fortaleza contamos para poder resistir a tantas tentaciones? Pero esto es precisamente lo que pretende el Señor, que al palpar así nuestra flaqueza nos demos cuenta de nuestra incapacidad, y acudamos con

toda humildad a su misericordia, convencidos que no tenemos otro auxilio que nos pueda valer. Por eso os pido, hermanos, que tengáis siempre a mano el refugio inexpugnable de la oración.

Fuerte es el poder del infierno, pero la oración es más fuerte que todos los demonios. En la dulce quietud de la oración es donde se adquieren las fuerzas necesarias para hacer frente a los enemigos y practicar las virtudes...

Hermanos, no despreciéis vuestra oración, pues, os digo de verdad que no la tiene en poco Aquel a quien se hace. Antes que salga de vuestra boca la manda escribir en su libro, y, una de dos cosas podemos esperar sin ningún género de duda: que nos dará lo que le pedimos u otra gracia mejor si Él la cree más conveniente... La oración nunca es infructuosa. (pág. 28).

Por tanto, sabiendo que en la oración se nos da la buena voluntad, cuando sepas lo que debes hacer, haz oración para ser capaz de realizarlo. (pág. 32).

San Buenaventura (m. 1274). En verdad que el auxilio divino solamente acompaña a quienes de corazón lo piden humilde y devo-

tamente suspirando por él en este valle de lágrimas; cosa que se consigue con la oración ferviente; lo que significa que la oración es la madre y origen de la sobreelevación. (pág. 50).

Cuantas veces nos postramos delante de Dios para orar, alcanzamos bienes que valen más que el mundo universo... Todo aquel religioso que no se ejercita con ahínco a la frecuente oración, verdaderamente que no solamente es inútil y miserable, sino que, a los ojos de Dios trae un alma muerta en un cuerpo vivo (pág. 51).

Santo Tomás de Aquino (m. 1274).— Nosotros para luchar y vencer, necesitamos la gracia de Dios, y sin ella no podemos resistir a tantos y tan poderosos enemigos... Pero como resulta que Dios da la gracia a los que se la piden; por tanto, sin oración no hay victoria ni puede haber salvación.

Hay que tener en cuenta que todas las gracias que el Señor desde toda la eternidad ha determinado conceder a los hombres, nos las ha de dar únicamente por medio de la oración. (Pág. 52).

Todo hombre está obligado a orar, por el simple hecho de que está obligado a procurarse

los bienes espirituales que solamente le pueden venir de Dios, y que Dios no se los dará si él no se los pide. (pág. 53).

Para que la oración resulte infaliblemente eficaz es preciso que reúna las siguientes condiciones:

1.^a Que le pidamos para nosotros mismos. La oración en favor del prójimo puede fallar si éste la rechaza obstinadamente, cosa que no ocurre cuando pedimos para nosotros mismos.

2.^a Que le pidamos cosas necesarias o convenientes para nuestra salvación. Cuando pedimos, conscientemente o inconscientemente, cosas inconvenientes para nuestra salvación, Dios nos las niega misericordiosamente.

3.^a Píadosamente, o sea, con humildad, confianza en Dios y en nombre de Cristo, etc.

4.^a Con perseverancia. Dios quiere probar nuestra fe y nuestra perseverancia antes de concedernos las gracias que está dispuesto a concedernos desde el primer momento. Es por nuestro bien. (pág. 61).

Estas son las condiciones para la eficacia *infalible* de la oración. De hecho, en la práctica obtenemos muchas cosas de Dios sin necesidad de reunir todas estas condiciones, por un efecto sobreabundante de la divina miseri-

cordia. Pero, reuniendo estas condiciones, obtendríamos *infalliblemente* —por la promesa divina— incluso aquellas gracias que nadie absolutamente puede merecer, tales como las gracias eficaces para no caer en el pecado grave, o el gran don de la perseverancia final. (pág. 62).

Santa Angela de Foligno (m. 1309).— Sin la luz de Dios ningún hombre se salva. La luz de Dios hace dar al hombre los primeros pasos y la misma luz lo conduce hasta la cumbre de la perfección.

Si quieres empezar a poseer esa luz, ora. Si ya comenzaste a perfeccionarte y quieres que esa luz aumente, ora. Si ya llegaste a la cumbre de la perfección y quieres recibir más luz para permanecer en ella, ora. Si quieres la fe, ora. Si quieres la esperanza, ora. Si quieres la caridad, ora. Si quieres poseer todas las virtudes, ora... Cuanto más ores, más iluminado serás, y cuanto más iluminado seas, tanto más profunda y esclarecidamente verás al Sumo Bien y a su infinita bondad. Y cuanto más profunda y excelentemente lo veas, tanto más lo amarás. Y cuanto más le ames, tanto más feliz serás. Y cuanto más feliz seas, tanto

más lo comprenderás y te harás capaz de comprenderlo. (pág. 72).

Pues, ¿por qué descuidas la oración si nada se puede lograr sin ella?... Si deseas algo de Él es absolutamente imprescindible que ores. Sin la oración nada lograrás. (pág. 73).

Orad y orad asiduamente. Cuanto más oréis, más iluminado seréis; más profundamente, más sublime y más evidente será vuestra contemplación del soberano Bien. Cuanto más profunda y sublime sea ésta, tanto más ardiente será el amor; mientras más arda el amor, más delicioso será el gozo y más perfecta la comprensión. (pág. 77).

San Gregorio Sinaíta (m. 1346).— Por encima de todos los mandamientos existe este mandamiento que los involucra a todos: «*Acuérdate del Señor tu Dios en todo tiempo*» (Det. 8,18). Si este mandamiento no se cumple, no se cumplirá ninguno; pero cumpliendo ésto, está asegurado el cumplimiento de todos... (pág. 83).

No lo olvides: El recuerdo de Dios, o sea, la oración espiritual, es la más elevada de todas las acciones y la más grande de todas las virtudes, junto con la caridad... (pág. 84).

San Gregorio de Palamas (m. 1359).—

La virtud de la oración es la que lleva a cabo el sacramento de nuestra unión con Dios, pues la oración es el vínculo de las creaturas racionales con el Creador (pág. 86).

El trabajo que se requiere para cualquier otra virtud es insignificante y ligero en comparación al trabajo que se requiere para perseverar en la oración... Pero a los que son pacientes y constantes en la oración, los están esperando los más grandes auxilios divinos, que los sostendrán y los llevarán gozosamente hacia adelante, haciéndoles fácil la misma dificultad y confiriéndoles una aptitud angélica (pág. 87).

Beato J. Taulero (m. 1361).— La oración es la más útil, deleitable y más noble de todas las obras. Esto es lo más provechoso que podemos hacer en cualquier tiempo... Por lo demás, queridísimos amigos, sabed que se hacen un daño espantosamente grande y mortífero todos aquellos que menosprecian esta obra de la oración y no emplean en ella todas sus facultades. Viven en un grandísimo peligro perdiendo tiempo tan precioso. (pág. 89).

Santa Catalina de Siena (m. 1380).—

Perseverando en la oración humilde, fiel y continua, adquiere el alma todas las virtudes...

Pero no pienses que se recibe tan grande ardor y alimento sólo con la oración vocal, como piensan muchas almas, cuya oración es de palabra más que de afecto, de modo que parece que no atienden a otra cosa que a recitar muchos salmos y padrenuestros. Satisfecho el número que se han determinado rezar, parece que no piensan en otra cosa; como si la finalidad de la oración fuera sólo la recitación vocal. No debe ser así, pues no haciendo más que ésto, sacan poco fruto y esto me agrada poco... Pues si únicamente atiende a cumplir con el número de oraciones, o si por la vocal abandonase la mental, nunca alcanzará la perfección. (pág. 93).

¿Cómo podría creer que puede haber amor de Dios en aquella alma que se descuida de tratar con El por medio de la oración?

Dios me ha hecho comprender que nunca llegaría a la perfección, ni a la posesión de ninguna sólida virtud sin la oración humilde, fiel y perseverante... Ella es la madre que concibe y nutre todas las virtudes y sin la cual todas se debilitan y mueren...

No puede el alma llegar a poseer verdaderamente a Dios si no le entrega todo su corazón sin división de afectos. Y no lo entregará sin la ayuda de una oración humilde en que se reconozca bien su propia nada. Debe entregarse a esta clase de oración con toda el alma y muy de veras hasta contraer un hábito. Con la continua oración crecen y se fortalecen las virtudes; sin ella, se debilitan y mueren. (pág. 95).

San Lorenzo Justiniano (m. 1456).— ¿Qué justo ha luchado sin acudir a la oración? ¿quién jamás fue vencido por el enemigo si ha empleado el arma de la oración?... Dará la vitoria a los que luchan quien dio valentía para orar...

Cuantas veces, oh hombre, te veas envuelto en luchas y trabajos, recurre en seguida a la ayuda de la oración, insiste con ruegos, pide con gemidos, suplica con lágrimas, porque en la medida que muestres empeño en orar, recuperarás la gracia perdida, saldrás de la oración rebosando tranquilidad; no la busques en otra parte fuera de la oración...

En la oración nadie se siente rechazado, sólo aquel que en la misma se conduce con

tibieza. ¿A qué insistir más? Porque la oración es refugio del alma santa, consuelo para el ángel bueno, obsequio agradable a Dios, muerte de los vicios, madre de las virtudes, solaz en esta peregrinación, espejo del alma, fortaleza de la conciencia, camino del conocimiento. La oración nutre la confianza, estimula la caridad, es alivio en la fatiga, causa de compunción, puerta del cielo, enemiga mortal de los malos pensamientos, recogimiento del alma distraída. La oración aviva el fuego de los divinos afectos, imita el oficio de los ángeles, es prenda segura de todos los bienes espirituales; el que logre perseverar en ella no podrá perecer. Nada hay más sublime y más poderoso que un hombre en oración...

Yo me atrevo a afirmar que sin la oración no podemos alcanzar la salud eterna, porque la divina misericordia de quien ella depende, sólo por la oración se nos aplica y obra en nosotros los efectos que son causa de la vida eterna. (pág. 106).

Nadie es capaz de narrar lo poderosa que es la oración asidua del justo, lo necesaria que es para todos, y su total conveniencia para los que deseen llegar a la perfección. Me atrevo, incluso, a decir, que nadie puede salvarse sin

ella, ya que la misma salvación se da por la misericordia de Dios y la mediación de la oración. (pág. 109).

San Nilo de Sora (m. 1508).— Muchos otros Padres hicieron parecidas observaciones, y todos están de acuerdo en este punto, que sin mucha oración no conseguiremos la victoria contra nuestras pasiones...

El pensar en Dios, es decir, la oración mental está por encima de todas las acciones y es la principal de todas las virtudes, puesto que ella es amor a Dios. (pág. 113).

García J. de Cisneros (m. 1510).— Más aprovecha a toda la Iglesia la oración devota de un sólo contemplativo, que todo lo que puedan hacer doscientas personas de vida activa, si no están ocupados por obediencia para socorrer las necesidades de los otros. (pág. 115).

Santo Tomás de Villa Nueva (m. 1555).— La oración es como el calor natural del estómago, sin el cual es imposible conservar la vida ni ser algún manjar de provecho...

Tenemos dos motivos que nos fuerzan a

pedir; primero, que para salvarnos necesitamos la ayuda de Dios; segundo, que Dios solamente promete su ayuda a aquellos que se lo piden por la oración.

Dios, no solamente está dispuesto a darnos, sino que nos manda que le pidamos y hasta nos castiga si no lo hacemos. Solamente hay una cosa que supere a nuestro deseo de recibir: el deseo que Dios tiene de darnos sus dones. Dios quiere perfeccionarnos mucho más que nosotros deseamos la perfección. (pág. 117).

La eficacia de la oración siempre depende de nosotros, pues si no recibimos lo que pedimos es porque pedimos mal.

Santiago dice que si no recibimos cuando pedimos, es porque pedimos mal (4,3). La eficacia de la oración es infalible, cuando aceptando la voluntad de Dios, pedimos ayuda para cumplir lo que nos manda. (pág. 118).

San Pedro de Alcántara (m. 1562).— La experiencia nos demuestra cada día que al tiempo que una persona espiritual se dedica a una profunda y devota oración, allí se le renuevan todos los buenos propósitos; allí son las determinaciones de bien obrar; allí el de-

seo de agradar y amar a un Señor tan bueno y dulce como allí se le ha mostrado, y el deseo de padecer nuevos trabajos y asperezas y aun derramar la sangre por Él... Por eso es tan alabado y recomendado este santo ejercicio por todos los santos; porque es el medio para alcanzar la devoción, la cual, aunque no es más que una sola virtud, nos habilita y mueve a todas las otras virtudes, y es como un estímulo general para todas ellas.

Sería imposible la mortificación de nuestro cuerpo, y mucho más la mortificación de la propia voluntad, sin los consuelos y regalos que Dios concede al alma por medio de la oración. (pág. 121).

San Juan de Avila (m. 1569).— Lo primero que debe hacer quien desea agradar a nuestro Señor, es tener buenos ratos entre día y noche diputados para la oración... Ha de pedir siempre a Dios perseverancia, acordándose del dicho de nuestro Redentor: «El que persevere hasta el fin se salvará»...

Las armas ofensivas y defensivas contra los demonios, son la oración, la cual él querría quitar, porque con ella lo tenéis desarmado.

Para aprovechar en la oración son impor-

tantísimas dos cosas: Primera, que no dejéis las horas acostumbradas por ninguna ocasión que se ofrezca, si no fuere cosa de obligación, o muy grande necesidad, o por no poder más. Segundo, que os prepareis pensando qué vais a hacer, que es hablar y negociar con Dios, donde, si bien lo hacéis, alcanzareis mayores mercedes que valen todos los señoríos del mundo.

Toda vuestra fuerza está en Dios, que de vos sólo tenéis caídas y pecados. Y Dios solamente da su fuerza a quien en la oración es vigilante. (pág. 130).

Santa Teresa de Jesús (m. 1582).— La oración mental es el principio para alcanzar todas las virtudes, y cosa en que nos va la vida en tenerla a todos los cristianos...

Allí (en la oración) son las promesas y determinaciones heroicas; la viveza de los deseos, el comenzar a aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad. (pág. 159).

Las almas sin oración son como un cuerpo tullido que, aunque tiene pies y manos, no se puede mover.

Aquellos ratos que estamos en la oración, Dios los tiene por mucho.